EL NIÑO JUDÍO

ZARZUELA EN DOS ACTOS, DIVIDIDA EN CUATRO CUADROS, ORIGINAL DE

Enrique García Alvarez y Antonio Paso

PERSONAJES

CONCHA. - JUBEA. - REBECA. - MIRSA. - ESCLAVA 1.ª - IDEM 2.ª - IDEM 3.ª - IDEM 4.ª - IDEM 5.ª - IDEM 6.ª - UNA DANZARINA. - GENARO. - SAMUEL. - MANACOR. - BARCHILON. - JAMAR JALFA. - SAMID. - KAZIL. - SEVERO. - ATALIR. - PACO. - HOLCAR. - MANASES. - MERCADER. - MANGOR. - UN GUARDIA.

Mercaderes, judíos, judías, sacerdotisas, músicos, pueblo y coro general.

La acción del primer cuadro, en Madrid; la del segundo, en Alepo (Jerusalén) y la de los tercero y cuarto (segundo acto) en la India.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Un puesto de libros viejos en el paseo del Prado, junto a las verjas del Botánico. Compónese de un departamento cubierto de madera con un interior con estantería y libros. Encima de la puerta que da entrada al departamento se leerá: «Biblioteca de Genaro». Colocado en otro sitio, a gusto del pintor, otro letrero en el que se leerá: «Alto. Entren, busquen, repasen.» A un lado y otro lado figurarán pedazos de otros puestos que se prolongan por las laterales. El foro la perspectiva del Botánico. Son las once de la mañana. Estamos en septiembre. Este cuadro debe componerse todo lo más en las dos primeras cajas, para tener colocado parte del segundo.

Samuelito y Severo.

Samuel, chico de unos quince o diez y seis años, encargado del puesto, está sentado en una silla, leyendo con entusiasmo un libro. Severo, de unos cuarenta y cinco años, no muy bien vestido, de gesto duro, examina los libros que hay en la tabla de afuera.

SAM.—(Leyendo entusiasmado.)

«La tarde es de agosto;
las uvas doradas, que dan luego el mosto,
en grandes racimos ofrecen las cepas;
y en la lejanía,
lector cariñoso, para que lo sepas,
se ven aún más cepas, aun más todavía.»

(Dejando de leer.) Bueno, este Gustavo Villaclara es un descriptivo que escalofría. Le fluye la rima con una vertiginez de side-car. Yo lo tengo conceptuao como el don Garcilaso de la Vega del novecientos diez y siete. (Sigue leyendo.)

«El sol echa fuego
y abrasa inclemente la era y la trilla
y tuesta las mieses implacable y ciego.
Un tosco labriego,
en tanto que riega su huerta sencilla,

canta alegremente el himno de riego,
y un peón caminero suda en su casilla.
¡Infeliz peón, dulce y bonachón,
víctima segura de una insolación;
por un jornal breve, mísero y fugaz,
anda de cabeza con el capataz,
que le ordena cosas sin ton y sin son
y hace dar mil vueltas al pobre peón.»

(Cesa de leer y entusiasmado dice:) ¡Bucólico, sencillamente bucólico!

SEV.—(Con voz imperiosa.) A ver, ¿qué vale esa «Filosofía» de Diderot?

SAM.—¿Esa «Filosofía»? Dos cincuenta.

SEV.—(Tirando el libro al suelo.) La filosofía es cara. (Sigue husmeando.)

SAM.—(Cogiendo el libro y arreglando las hojas.) ¡Caray, qué modales! Bien es verdad que el librito se las trae. (Colocando las hojas.) 209 306, está correlativo. No le faltan más que ciento cinco hojas; por lo demás, salido de la imprenta.

SEV.—Y este «Tratado del toreo», ¿qué vale?

SAM.—Cincuenta céntimos.

SEV.—(Tirándolo igualmente.) El «Tratado» es carísimo.

SAM.—¿Que es carísimo?

SEV.—Sí, señor; ese libro está tirado.

SAM.—Ya lo veo.

SEV.—Luego dicen que aquí se encuentran gangas; ¡maldita sea! (Sigue buscando.)

SAM.—(Cogiendo el libro.) Mire usted que decir que este «Tratado del toreo» es caro en cincuenta céntimos y marca en librería... (Busca el precio.) marca en librería, ¡ah, sí, aquí está! Precio, cero setenta y cinco.

SEV.—Y esta «Vida de Napoleón», ¿qué cuesta?

SAM.—Si no lo toma usted a mal, una peseta.

SEV.—(Dejando el libro.) «La vida» es cara.

SAM.—No lo sabe usted muy bien.

SEV.—¿Y este novelucho?

SAM.—(Leyendo.) «Cuarenta años o una vida de mártir.» Como es de folletín le pondré cuarenta céntimos.

SEV.—¡Cuarenta céntimos!

SAM.—Fíjese usted que le sale a céntimo por año.

SEV.—(Indignado.) Mire usted, feriófilo, yo vengo a este tenderete a comprar en serio, y como se me chirigotee, le meto en la cabeza este tomo de «Medicina legal».

SAM.—¡Caballero!

SEV.—Lo dicho: las cuchufletas para el Congreso; yo soy más serio que una pagoda, y no digo por un chiste, por un guiño de ojos intencionado, le parto la cabeza a una esfinge.

SAM.—No lo dudo; pero conste que yo...

SEV.—No estorba la advertencia. ¡Pues menudo día estoy llevando desde las seis de la mañana para aguantar calambures! ¡Vamos, hombre; soy capaz de pegarme con el grupo de Isabel la Católica!

SAM.—(Aparte.) ¡Mi madre, qué tío pa el frente italiano!

SEV.—Ahí van los cuarenta céntimos: aquí dejo el novelucho, que voy a llegarme al ministerio de Instrucción pública a ver si me han despachado un expediente que me están resolviendo hace cinco años.

SAM. - Como usted guste.

SEV.—A la vuelta lo recogeré, porque como son tres tomos, debe pesar lo suyo, y de paso echaré una última ojeada, a ver si hay algo que me convenga.

SAM.—La entrada en el establecimiento es libre, caballero.

SEV.—Voy de un humor que me partía el cráneo contra una farola. Adiós.

SAM.—Servidor. (Mutis izquierda don Severo.)

Samuel, Concha por la derecha. Madrileña de veintidós a veinticuatro años. Mantón de crespón y muy bien peinada.

SAM.—Pues señor, llevamos una mañanita que, salvo los cero cuarenta de ese señor, todo lo demás han sido «pus parieres».

CON.—(Saliendo.) ¿Y mi padre? ¿No ha venío entavía mi padre?

SAM.—¿Concha? ¿Pero no vienes tú de casa?

CON.—Salí a las diez y media a ver si a la Engracia le daba la gana o no de acabarme el vestido, porque me parece que ya lleva un ratito toreándome. Después he ido ca de la Justina a que m arregle un corsé. Por cierto que no estaba y lo siento, porque mujer que conozca mi cuerpo como esa, no la hay; con dos ballenas y un pedazo de yute, me deja que ni modelá.

SAM.—La verdad es que cada día te levantas más mórbida, y estás adquiriendo un redondeo...

CON.—¿Vas a empezar ya?

SAM.—Concha, acuérdate que te lo he jurao; tu cariño me va a conducir a la Morgue, porque yo me doy un tiro, no te quepa duda. Si tu padre sigue hostil a que nos queramos y me echa del puesto, yo me voy; pero me voy a la Morgue. Sin tu amor la vida para mí es un peso corrido.

CON.—Si ya sabes que mi padre lo único que afea es tu procedencia.

SAM.—Pero, ¿qué tengo yo de judío, si de dos meses me trajeron aquí?

CON.—Cansá estoy de decírselo. «Padre, que Samuel podrá haber nacido onde haya nacío; pero aquí se ha críao y es más madrileño que la posá de la soga.» Pero que si quieres; luego, como tu padre es como es, que apenas se interesa por ti. Al contrario, guardando como to el barrio sabe que guarda dinero, te tiene ganando una cochina peseta.

SAM.—Pero el día que se muera to será mío, y ese día si tu padre quisiera to irá para ti.

CON.—¿De verás, Samuelillo?

SAM.—Tú lo has de ver; digo, si me sigues queriendo como hasta ahora.

CON.—Como hasta ahora, no; ca día más, ¿pero dónde estará metido ese hombre?

SAM.—Sí que me extraña que no esté aquí ya el señor Jenaro.

CON.—Oye, ¿se habrá agravao tu padre y estará con él?

SAM.—Quizá, porque anoche la pasó con un ahogo, que más de una vez estuve tentado de avisaros; ahora, que yo te digo que si se hubiese puesto peor me hubieran mandao recado.

CON.—También es verdad... Calla, me parece que viene por... sí, él es.

SAM.—El mismo.

Dichos y Jenaro por la derecha. Sale preocupado y desde que sale no hace más que fijarse en Samuelito.

JEN.—¡Hola!

CON.—¡Hola, padre!

SAM.—Buenas, señor Jenaro.

JEN.—(Acercándose a Samuel le coge la cabeza con las dos manos y se le queda mirando fijamente.) Sí, ¡claro! Ahora me explico ciertos rasgos, porque esa nariz es judía; pero es otra clase de judía y ese pelo... claro, la madre.

CON.—¿Pero qué hace usted, padre?

JEN.—(Soltando a Samuel.) Nada; bueno, este mundo es un puro guiñapo. Oye, Samuelito.

SAM.—¿Qué manda usted?

JEN.—¿Tienes que hacer algo?

SAM.—Nada.

JEN.—Entonces, coge el primer coche que te encuentres, móntate en la trazera y llégate a tu casa si quieres recoger el último suspiro de tu... (Dudando.) de tu... bueno, de tu padre.

SAM.—¿Qué me dice usted, señor Jenaro?

JEN.—Lo que oyes; pero no te apenes mucho... es decir, sí... mejor dicho no... bueno, ya lo sabrás todo; ahora vete por ese suspiro, no vayas a llegar tarde.

SAM.—(Corriendo.) Con su permiso. (Mutis derecha sollozando cómicamente.)

Dichos, menos Samuel.

CON.—¡Qué cosas le dice usted al chico, padre!

JEN.—¿Qué cosas le di?... (Mirando a todos lados y con misterio.) Oye, Concha: ¿Qué dirías tú si antes de dos meses fueses condueña de una fortuna que oscilase entre quince o veinte millones de pesetas?

CON.—¡Padre!

JEN.—¿Y qué dirías tú si yo autorizase la boda de Samuel contigo?

CON.—(Más alto.) ¡Padre!

JEN.—No alces la voz que pueden apercibirse los industriales fronterizos.

CON.—¡Es que eso que me dice usted!...

JEN.—¿Te choca, verdad? Pues aproxima unos cuantos tomos del «Etimológico», descansa sobre ellos y escucha. (Jenaro se sienta en la silla. Concha en unos tomos que sacará del interior.) Ya sabes que el padre de Samuelito, el señor David Benchimol, dueño de las Antiquités antiquísimas que lindan con nuestra librería de la calle de los Estudios, está desde anteayer si se las lía o las deja a la intemperie.

CON.—¡Pobre hombre! Parece una momia faraónica.

JEN.—Esta mañana, a poco de irte tú, me envió un recado, diciéndome que se sentía morir y quería revelarme un secreto.

CON.—¡Qué raro!

JEN.—Igual me pareció a mí, y con la curiosidad natural me planté en su casa; penetro en la alcoba, me acerco a la cama, y me dice: «Señor Jenaro, me muero; ha llegado mi último cuarto de hora.» —Ca hombre—le interrumpo—. Usted tiene que ver acabada la Gran Vía—. Y con una oscilación de cabeza me contestó: —«La Gran Vía acabada, ni ese.» Y me señaló al loro que tiene en el balcón.

CON.—Pué que tenga razón.

JEN.—«Me muero—siguió—; pero antes de abandonar este perro mundo, quiero abrirle mi corazón, para que lea en él un secreto: Señor Jenaro, Samuelito no es hijo mío.»

CON.—(Dando un grito de alegría.) ¿Que no es su hijo? ¿Entonces no es judío?

JEN.—Eso mismo le pregunté ya. ¿Entonces Samuelito?... —pero él adivinándolo, añadió: «ese niño es de lo más judío que se conoce».— Y continuó. —Hace dieciocho años conocí en Alepo a una hebrea llamada Esther, de una hermosura singular; la amé con locura y con igual enajenación fuí correspondido, hasta que se interpuso entre nosotros la figura de Samuel Barchilón, el judío más rico de Alepo. La familia de Esther se puso de parte del dinero y aunque viejo y feo triunfó de mí y se casó con aquella que llenaba toda mi vida.

CON.—¡Pobrecillo!

JEN.—Pero, ¡ah!—continuó—mi venganza fué enorme. De aquellos amores nació un niño que desapareció a los pocos meses, sin que nadie lograra averiguar su paradero.

CON.—¿Lo robó el anticuario?

JEN.—Sí, robó a la criatura y se vino a España con ella.

CON.—¿Entonces, Samuelito es hijo de aquel judío millonario?

JEN.—Del mismo, y el señor David me ha rogado que lleve ese fruto de bendición a su padre. El es poderoso, me dijo, y al ver que le devuelven ese pedazo de su alma, todo le parecerá poco para corresponder con usted. Ahí va ese documento donde declaro todo lo sucedido; me alargó este papel, me estrechó la mano, y señalándome la garganta, balbuceó: «siento una sequedad, un aprieto», yo le mandé hacer gárgaras, salí disparado hacia aquí y fin del capítulo primero. (Se levanta.)

CON.—¿Y qué piensa usted hacer?

JEN.—Lo primero, casarte con Samuelito. El te quiere, ¿verdad?

CON.—Muchísimo.

JEN.—Cuando se le hable de matrimonio, ¿no se echará atrás?

CON.—Creo que no.

JEN.—Lo pregunto porque hay «gachés» que en cuanto vislumbran la iglesia empiezan a ponerse pálidos y a decir que padecen de erisipela u otra erupción por el estilo y hay que llevarlos amarraos.

CON.—Con Samuel no hay cuidao.

JEN.—Pues entonces, lo que tarden en echaros las bendiciones es lo que tardamos en salir para Alepo, que creo que está cerca de Jerusalén.

CON.—Pero, ¿usted no ha caído en que Samuel es judío y, por lo tanto, tendrá que hacerse cristiano para casarse conmigo?

JEN.—A mí me tiene esto sin cuidao; si él no quiere hacerse cristiano te haces tú judía, y si es necesario me lo hago yo. ¡Pues no es ná! Por veinte millones me hago yo liliputiense.

CON.—El conflicto es que de dónde sacamos dinero para ese viaje, porque eso debe estar muy lejos.

JEN.—Claro que no está limitando con Torrelodones, pero hoy se hacen estos viajes con relativa comodidaz, y en cuanto al dinero, ya lo tengo resuelto: traspaso la librería de casa, y el puesto a mi hermano Jeremías.

CON.—¿Y nos quedamos sin nada?

JEN.—¿Y los millones de tu suegro?

CON.—Es verdad. ¡Ay, padre, qué alegría tengo! ¡Yo millonaria! ¡Casada con Samuel! ¡Quién me iba a decir a mí, tan madrileña, que iba a ser judía!

JEN.—Tiene su explicación, porque ya sabes que tu madre era de la Granja.

Dichos y Paco; es otro librero de viejo también establecido de igual forma.

PACO.—(Entrando por la izquierda.) Oye, Jenaro.

JEN.—¿Qué hay, Paco?

PACO.—Que avives el ojo; que hay un sinvergüenza que lleva unos cuantos días recorriendo los puestos, y con el aquel de revisar los estantes, en cuanto puede coge lo primero que encuentra a mano y se las naja. Ayer le quitó al señor Dusebio «La dama de las camelias» y esta mañana le ha faltao a Baldomero «Su único hijo».

JEN.—Mi madre, pues como yo le eche la visual, se van a sentir los quejidos en Getafe. Gracias por la advertencia.

PACO.—De ná. ¡Pero señor, cuánto granuja hay en este mundo! Hasta luego. (Mutis por donde salió.)

CON.—Vaya usted con Dios.

Dichos, menos Paco.

JEN.—Y tú prepárate para ir a avisar a tu tío pa tratar del traspaso; esto hay que hacerlo por la posta.

CON.—Oiga usted, padre: a mí se me está ocurriendo que debíamos llevarle al padre de Samuel un pequeño presente. Esto nos colocaría muy alto a sus ojos.

JEN.—No has dicho ninguna incoherencia. ¿Y qué te parece a ti que... sí, porque a un tío tan opulento es difícil...

CON.—Había que llevarle algo típico, algo español...

JEN.—Espera, que ya se me ha ocurrido... (Pensando.) Justo, sí... Una guitarra.

CON.—No está mal; pero si allí no la sabe tocar ni él ni nadie, ¿qué hace con ella?

JEN.—Que la rife, y a la persona que le toque, no me negará que la toca.

CON.—Eso sí.

JEN.—(Reparando en don Severo, que habrá entrado un momento antes y estará ojeando por los estantes.) ¡Calla!

Dichos, don Severo. Después Paco y un Guardia.

CON.—¿Qué pasa?

JEN.—Fíjate en ese tipo que está revisando los estantes.

CON.—¡Ya, ya, qué cara tiene!

JEN.—Hazte la disimulá.

SEV.—Nada, no se encuentra un libro que valga la pena. Y lo del Ministerio lo mismo. Cuando digo que llevo un diíta... (Coge los tomos que dejó apartados y se dispone a irse.)

JEN.—(Corriendo y cogiéndole del cuello.) Ah, sinvergüenza, ya te cogí!

SEV.—Oiga usted, pero que...

JEN.—Deje esos libros, so ladrón...

SEV.—(Indignado.) ¡Ladrón! ¡Yo ladrón!

JEN.—Tú, y por el pronto, toma. (Le da un puntapié.)

SEV.—¡Maldición de Dios! No volverás a maltratar a nadie con ese remo. (Saca un revólver y, apuntándole en la pierna, dispara. Jenaro da un grito, y apoyándose en Concha levanta la pierna, estirándola. Severo huye por la izquierda.)

JEN.—¡Ay!

CON.—¡Padre! ¡Socorro! ¡Guardias!

PACO.—(Saliendo izquierda.) ¿Qué ocurre?

CON.—¡Que han herido a mi padre!

GUARDIA.—(Saliendo derecha.) ¿Quién?

JEN.—Aquel tío que va corriendo hacia la estación.

GUARDIA.—No se me escapa. (Mutis izquierda.)

PACO.—Ni a mí tampoco. (Mutis izquierda.)

JEN.—(Sollozando.) ¡Ay, que me la ha atravesao! Y no siento yo esto, si no el viaje, que nos lo ha «aguao».

CON.—¡Padre, qué mala pata!

JEN.—Muy mala; pa mí que me la escayolan. (Telón.)

FINAL DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Una plaza de Alepo. En primer término, derecha del actor, puerta que da entrada a una especie de tenducho donde se sirve te, café y viandas. Segundo o tercer término izquierda, y formando chaflán para que se vea bien desde el público, fachada y puerta practicable de una casa de mísero aspecto. Las demás laterales figuran bocacalles. El foro, la plaza, a gusto del pintor, teniendo en cuenta que es de día y que Alepo pertenece a la baja Judea, y aunque la acción de esta obra sucede en 1917, siempre es conveniente, para mayor efecto teatral, que en cuanto a la composición del cuadro no se sujete a época determinada.

(Al levantarse el telón, el Coro de señoras y el de caballeros, vestidos de árabes y de judíos, pero sin gran lujo, pasean por la plaza. Por el foro izquierda, a su tiempo, aparece Manacor, viejo judío pordiosero, que se apoya en un cayado, y cuelga a su espalda esa especie de cítara que sólo tiene una cuerda. En la plaza hay vendedores, esquiladores de burros, etcétera, etc.)

Manacor, Coro general.

MÚSICA

CORO.—(Tenores.)
Ya el mercado va a comenzar
y al mercado pienso yo ir,
que aunque nada vaya a comprar
por costumbre voy siempre allí.
Me gusta oir al vendedor
su mercancía pregonar.
Me gusta ver al comprador
regatear.

Ya el mercado va a comenzar
y al mercado pienso yo ir
aunque nada vaya a comprar.
¡Ah!
Vamos a ver
qué novedad
nos va a ofrecer
el judío del arrabal.

TIPLES.—Vamos a oir al vendedor
su mercancía pregonar.
Vamos a ver al comprador
regatear.
Ya el mercado va a comenzar,
y al mercado pienso yo ir,
etc.
(Igual letra que los tenores.)

—

BAJOS.—Del mercado es la hora,
vamos ya
para ver si hay alguna
novedad.
Si llegaron esclavas
y si son
de esas que al verlas causan,
sensación.
Vamos a ver
qué novedad
nos va a ofrecer
el judío del arrabal.

—

VENDEDOR.—(Saliendo.)
Aretes de oro,
piedras preciosas
y pipas de ámbar
maravillosas.
Todo lo vendo
muy arreglado,
lo doy a un precio
que es regalado.

—

ELLAS.—Eso del precio
me suena a raro.
ELLOS.—Tú lo que vendes
es malo y caro.

—

VENDEDOR.—No receléis
de mi pregón
y aprovecharse
de la ocasión.
TODOS.—Déjanos,
vete ya,
tu pregón
no es verdad.
ELLOS.—Ya el mercado va a comenzar,
etc., etc., etc.
ELLAS.—Vamos a oir al vendedor,
etc., etc., etc.
(Esclavas, dentro, por la parte de la casa de Barchilón. Este número lo canta la primera tiple que haga el papel de Rebeca y las segundas tiples.)
¡Ya se fué
por siempre mi juventud!
¡Moriré
llorando mi esclavitud!
¡Mi vivir
fué tormento y fué temor!
¡Fué sufrir
cautiverio de dolor!
Moriré
llorando mi juventud
que se fué.
(Sale Manacor.)
MAN.—Que el Dios de Israel derrame
sobre vosotros su gracia
y aliviar, hermanos míos,
de Manacor la desgracia.

—

CORO.—Es el viejo Manacor
el copiero sin igual;
entre todos el mejor
de la musa popular.

—

ELLAS.—Dinos esos sortilegios
que conoces del amor.
UNOS.—Que nos cuente alguna historia,
que nos cante es lo mejor.
MAN.—Pedid vosotros
lo que queráis,
que por mi parte
no ha de quedar.
UNOS.—Que cante algo.
OTROS.—Sí, que nos cante.
MAN.—En ese caso voy a cantar.

—

Qué me importa ser judío
si por serlo soy amado
de la hebrea más hermosa
que el amor ha imaginado.
Qué me importa que la gente
cuando paso me zahiera,
si al final de mi camino
es su amor el que me espera.

—

Por ella aliento,
por ella canto,
por ella siento.

—

Por ella quiero,
por ella sufro,
por ella muero.
Y en sus labios como brasas
yo mis besos quemaría,
y en la noche de sus ojos
para siempre dormiría.
Noemí de mis amores,
hija hermosa de Israel,
tus labios son tan sabrosos
y dulces como panales
de miel.

Beber quisiera yo en ellos
el secreto de tu amor,
que aunque la muerte encontrase
bebería sin temor.
Y ella me dice: toma
y alivia pronto tus males.
Y me da sus labios rojos,
tan rojos como corales,
y siento yo al besarlos
dicha, locura y pasión,
y le doy en aquel beso
entero mi corazón.

—

Noemí, la de mis sueños,
Noemí, la de mi amor.
(Coro repite.)

HABLADO

MAN.—Conque darme para mitigar el hambre y que Jehová os proteja. (Figura que le dan algunas monedas y hacen mutis por diferentes sitios y algunos se quedan paseando por el foro.)

Manacor, Barchilón, que sale por la puerta de la izquierda con un látigo corto en la mano, seguido de los criados que se quedan respetuosos a alguna distancia.

MAN.—¿Vas de mercado, Barchilón?

BAR.—De mercado voy.

MAN.—¿No tienes nada para mí?

BAR.—Voluntad mucha; dinero poco.

MAN.—Di mejor ninguno. A pesar de tus inmensas riquezas, está por alborear el día que tu mano me alargue una ofrenda. ¡Que Jehová te las aumente y te haga feliz!

BAR.—(Con pena.) ¡Feliz! Yo no puedo ser feliz, Manacor; tú lo sabes.

MAN.—¡Bah! el tiempo borra todos los recuerdos.

BAR.—El mío no lo borra el tiempo y hasta casi estoy por decirte que ni la muerte. (Sollozando y con pasión.) ¡Esther! ¡Mi adorada Esther!

MAN.—Mucho la quisistes.

BAR.—Era para mí como la tierra prometida. En qué mal hora vino aquel Rajah de la India y en qué peor aun le di hospitalidad en mi casa.

MAN.—Era y es la mejor de Alepo; estabas obligado.

BAR.—Y él también lo estaba a respetarla, y sin embargo...

MAN.—Sí, lo sé; lo sabe todo el pueblo: requirió de amores a tu mujer; él era una arrogante figura, además rajah, creo que de Baroda...

BAR.—De Baroda.

MAN.—Tú nunca has sido una belleza. Además, se decía que Esther fué a tu hogar más que por amor, por tus inmensas riquezas. En fin, ¡qué se le va a hacer! ¡Bienaventurados los que no tenemos ni dinero, ni mujer!... Pero, oye, si no estoy equivocado creo que Esther tuvo fruto de bendición.

BAR.—¡Un niño! Al que le puse mi nombre, al que creía hijo mío y al que adoraba con ceguera tanta, que su desaparición estuvo a punto de costarme la vida. (Con rabia.) Pero cuando más tarde sorprendí las cartas que se cruzaron entre el rajah y ella, cuando lo supe todo, cuando la adúltera, echada a latigazos de mi casa, apedreada por mis criados me lo confesó todo, sentí hacia aquella criatura un odio a muerte. (Con más rabia.) Todas las vergüenzas, todas las humillaciones por que pasa nuestra raza me sabrían a gloria si yo pudiera coger entre mis manos aquel fruto maldito. ¡Con qué placer le retorcería... le ahogaría!... Te juro que daba la mitad de mi fortuna por encontrarlo... Pero se conoce que lo robaron de orden de él y en la India estará seguramente. Desde entonces odio a las mujeres y las compro en los mercados por el placer de martirizarlas.

MAN.—Feliz tú que te puedes dar esa satisfacción.

BAR.—¡Ah, si me pudiese dar igualmente la otra!... ¡Ese niño!... ¡Ese hijo del adulterio!... (A los criados.) Vamos. (Mutis foro derecha.)

Manacor, que al hacer mutis Barchilón se coloca junto a la puerta de la tienda de la derecha. Por el foro izquierda sale Jenaro, cubre la cabeza con un fez y cuelga del brazo una guitarra. El traje puede ser el mismo que sacó en el primer cuadro u otro de viaje a gusto del actor, pero del día. Le sigue Atalíar, tipo nubiano, bronceado, vestido a usanza de los suyos

JEN.—(Desde dentro, llamando.) ¡Samuelito!... ¡Concha!... (Saliendo.) ¡Concha! ¡Samuelito! Nada, que llevo cerca de una hora haciendo el ridículo por las calles de este destartalado pueblo y no los veo. ¿Dónde se habrán metido esos chicos? Y tú, ¿los has visto?

ATA.—Nada, señor.

JEN.—(Al público.) Este servidor cobreado es otra ganguita que me ha caído; le ajusté a mi servicio mediante cincuenta pesetas mensuales y manutención diaria, y al pronto creí que se volvía loco. Señor—me decía—los cielos y la tierra te darán mil beneficios. Pero cuando le digo: «Ataliar, llévame estas maletas o hazme este recado», empieza a decir que siente flaqueza y no hay forma. Eso sí, comer, come que parece que los alimentos se le volatilizan. ¡Una verdadera ganga! Claro que mi idea al adquirirlo no fué para aquí precisamente. Yo pensé: a este me lo llevo a Madrid, lo visto como el Dante, le pongo un letrero en el que se lea: «Librería de Jenaro Lebrija, Estudios, 20. El saber no ocupa lugar. Tengo Galdós, tengo Benavente y tengo Trigo» y hago un negocio terrible. (A Ataliar.) ¿De modo que has corrido todo el pueblo?

ATA.—Todo no, porque siento flaqueza.

JEN.—Pero relope, si no hace una hora que te has comido una gallina.

ATA.—Una gallina me resulta un ave tan pequeña..

JEN.—(Al público.) Este va a tener que comer con lupa. Bueno, pues entra en ese establecimiento y pide un tente en pie.

ATA.—Me haces un bien, porque ya me estaba desvaneciendo. (Mutis de Ataliar a la tienda.)

JEN.—¡Caray, lo que es como a éste en Madrid le guste el cocido, se van a poner los garbanzos por las nubes! En fin, continuaré mis indagaciones. (A Manacor.) Oye, barbilampiño.

MAN.—(Acercándose.) ¿En qué puedo servirte?

JEN.—Tú eres de aquí, ¿verdad?

MAN.—Yo soy de todo el mundo; mi patria es el pedazo de tierra que hollo.

JEN.—Bueno, a mí no me importa lo que «holles», lo que yo deseo es que me digas si conoces por casualidad a un mercader hebreo llamado Samuel Barchilón.

MAN.—¡Barchilón! ¡Oh, quién no conoce en Alepo al avaro Barchilón! Esa es su casa. (Señalando la de la izquierda.)

JEN.—¡Hombre, qué feliz casualidad! Me he ahorrado el alquiler de un burro, porque estaba dispuesto a recorrer todo el pueblo. Y dime, simpático sexagenario, ¿es verdad que ese Barchilón es tan rico como se susurra?

MAN.—¡Más aún!

JEN.—¡Recaracoles!

MAN.—El oro que posee ya no le cabe en sus arcones.

JEN.—¡Remojama!

MAN.—Medio Alepo es suyo y dentro de esa casa de pobre apariencia, pero que por dentro es un paraíso, guarda en joyas, en cuadros y en telas un tesoro imposible de calcular.

JEN.—Pero eso será un sueño...

MAN.—Casi lo parece. Su museo artístico es de un valor fabuloso. ¡Copas de oro de los faraones! En cerámica, los barros más vastos de los etruscos, y en armería las lanzas y espadas de los caudillos más invencibles. ¡Un portento!

JEN.—¡Revandervil! ¿De modo que todo eso es de Barchiloncito?

MAN.—Todo.

JEN.—(Al público.) Y claro que siendo de Barchilón es de Samuel, que es su hijo, y siendo de su hijo es de su mujer, que es mi hija, y siendo de mi hija es mío, que soy su padre. Esto aparte de la gratificación que me dé el tal Barchilón por traerle a su hijo vivo y regordete. ¡Me hincho! (A Manacor.) ¿Y sabes si estará visible ese desheredado de la fortuna?

MAN.—Hace poco se lió de mercado.

JEN.—Ah, pero ¿Barchilón va a la compra?

MAN.—De esclavas, sí; hoy han puesto a la venta muchas mujeres y quizá se quede con todas.

JEN.—¡Nada, que me hincho!

MAN.—No tardará en regresar.

JEN.—Pues anda, entra conmigo en la tienda, que te voy a convidar por tus informes y al mismo tiempo cuando él vuelva me lo indicas.

MAN.—Siempre a servirle. (Entra primero Manacor y Jenaro detrás diciéndole al público:)

JEN.—¡Arcas llenas de oro! ¡Copas de los faraones! ¡Espadas de los caudillos! ¡Oros, copas, espadas! ¿Querrá este tío jugar conmigo? (Mutis.)

Foro derecha, Samuelito; lleva como Jenaro un fez y un traje por el estilo. Concha. Salen fumando cada uno en una pipa, que consiste en un canuto de bambú muy fino y muy largo, y al final un depósito en forma de bellota, en el que se echa el «kist», especie de tabaco árabe.

MÚSICA

SAM.—Ahora que estamos aquí,
encanto y luz de mi amor,
vamos a ver si es verdad
que el «kist» es superior.
CON.—Pues encendamos nuestra pipa
y la verdad vamos a ver.
LOS DOS.—Pues a encender.
(Compases para encender.)

—

CON.—¡Ay, qué gusto más grande me [da!
SAM.—¡Qué suave! ¡Qué aroma! ¡Qué [olor!
CON.—¡Ay, qué extraña voluptuosidad!
LOS DOS.—Al fumar me entra un dulce [sopor
de amor.
SAM.—Aunque creas que es una broma
yo entre sueños veo a Mahoma.
CON.—Y yo; si tú me das permiso,
sueño que entro en el paraíso.
SAM.—Yo estoy viendo muchos hare- [nes.
CON.—Samuelito, qué vista tienes.
SAM.—Veo cosas que no las creo.
CON.—Para cosas las que yo veo.
LOS DOS.—¡Santo Dios, qué mareo me [da,
yo de fijo me voy a caer!
¡Y la vista también se me va!
Si no cede el mareo
no sé qué hacer.
Yo al principio lo fumaba
con deleite y me extasiaba
viendo el humo que subía,
que subía y se esfumaba,
y el aroma que dejaba,
soñolient{a/o} me tenía.

—

¡Qué gusto daba
ver lo que hacían
los espirales
cuando subían
y se esfumaban
y se perdían!
(Echan bocanadas de humo.)

—

¡Ay, no me sueltes, por Dios,
que no me puedo tener,
y sin tu apoyo verás
cómo me voy a caer!
Sujétame, que si me caigo
un espectáculo daré!
Sujétame.
Su jé ta me.

(Van cayendo poco a poco al suelo y sentados empiezan la escena, levantándose a las pocas palabras.

HABLADO

SAM.—¡Ay, Concha, Concha! Yo creo que este tabaco, o lo que sea, nos ha envenenado.

CON.—¡Yo siento unas cosas tan raras! ¡Se me caen los brazos! ¡Se me va la cabeza!

SAM.—¡No, rica, que no se te vaya la cabeza que es lo que más me gusta de ti!

CON.—Tú has tenido la culpa por instarme a fumar: me dijiste que el humo de este tabaco proporcionaba un divino éxtasis y que se soñaba con cosas bonitas.

SAM.—Mujer, a mí me lo escribió un amigo y me decía que desde que fumaba el «kist» soñaba que se elevaba dulcemente a una región etérea maravillosa y que allí no carecía de nada, pues un día sí y otro no, le subían pan, le subían los comestibles, le subían el carbón...

CON.—Entonces como en Madrid.

SAM.—Pues calla, que no había yo caido.

CON.—Pero qué barbaridad, qué mareada estoy. ¡Todo me da vueltas!

SAM.—Y a propósito, lo que he notao es que ese mercader del Pasaje, en las cuatro o cinco veces que le hemos comprao, nunca nos ha dao la vuelta. Ese tío es un ladrón.

CON.—Lo que es, es un tío vivo.

SAM.—¿Qué va a ser? Si fuera un tío vivo nos hubiera dao por lo menos dos vueltas. . para no escamarnos.

CON.—¿Te parece que volvamos a reclamárselas?

SAM.—Déjalo; qué importan unas pesetas más o menos, si me espera mi padre y con los deseos que tendrá de satisfacer mis gustos figúrate, todo le parecerá poco.

CON.—(Con cariño.) ¡Samuelillo!

SAM.—(Idem.) ¡Mi Conchilla!

Dichos y Jenaro por la tienda.

JEN.—¡Hombre, sois más frescos que las estalactitas! ¿Pero dónde os habéis metido?

SAM.—Pues verá usted; a ésta se le antojó entrar en un bazar.

CON.—Donde había miles de cosas lindísimas.

SAM.—Y claro. ¡Qué telas más preciosa! ¡Qué Damasco más rico!

CON.—¡Qué porcelanas! ¡Qué bisuterías!

SAM.—Nos va usted a regañar, pero nos hemos gastado seiscientas pesetas.

CON.—Ahora nos traerán aquí los encargos; como comemos en esa tienda, dijimos que los enviaran aquí.

JEN.—Menos mal que ya sé dónde vive tu padre.

SAM.—¿Ah, sí?

JEN.—Y me han hablado de su fortuna. ¡Una pochez! Al lado de tu padre, Creso fué un colillero. Mira, esa es su casa.

SAM.—¡Esa! Usted se chufla.

CON.—Pero padre, si esa parece una casa de vecinos.

SAM.—Eso es una birria.

JEN.—Por fuera, conforme, ¿pero tú sabes, desgraciado, lo que hay por dentro?

SAM. y CON.—¿Qué?

JEN.—Salones de cuentos de hadas, museos de objetos de inmenso valor, cientos de arcas de oro.

SAM.—¿Pero será posible?

JEN.—Una cosa así para perder el poco conocimiento que tengas.

CON.—¡Ay, Samuel, te idolatro!

SAM.—¡Y yo a ti, rica mía! (La abraza.)

JEN.—(Abriéndole los brazos.) ¿Y para mí no hay nada, virrey del oro?....

SAM.—(Abrazándole.) ¡Padre mío!

JEN.—Bueno; ahora calma y no te aceleres. Dentro de un momento regresará tu padre, que ha ido a comprar un ciento de doncellas.

SAM.—¿Un ciento?

JEN.—Por lo visto aquí compran las doncellas como si fueran tarjetas.

CON.—¡Qué barbaridad!

JEN.—Pues como te decía, tu padre regresará en seguida, y yo, como es natural, le abordaré.

SAM.—Cuanto antes mejor.

JEN.—Ahora bien, Samuelito, hijo de mi alma, no te aceroles, porque si te «aceloras» tú, me aceruelo yo... ¡Caramba, me estoy haciendo un lío!

SAM.—Usté no se preocupe; usté le dice lo que tenga que decirle y en seguida yo doy un grito, me meso el cabello y exclamo: (Muy deprisa y con sonsonete.) ¡Oh, padre, padre, tanto tiempo sin verle, qué angustia, qué zozobra! Siempre ansiando el momento de estrecharle entre mis brazos cariñosos para no separarme nunca de ellos y para toda la vida poderle dar el dulcísimo nombre de padre. ¡Oh, padre, padre!

JEN.—Mira, no digas eso porque va a creer que lo has aprendido en la escuela.

SAM.—Entonces, ¿qué hago?

JEN.—Das un grito, saltas a sus brazos y dices: «¡Padre mío!» Cuanto más breve, mejor.

SAM.—Una cosa así, ¿verdad? «¡Padre mío!» (Da un salto y se sube sobre Jenaro.)

JEN.—Sí, pero no con tanta vehemencia porque lo matas.

CON.—¿Y usté, padre, no cree que yo también debía hacer algo?

JEN.—Claro que sí... (Se oye por el foro un rumor que se aproxima.) ¿Eh, qué pasa?

MAN.—(Que habrá salido un momento antes, dice:) Que llega el poderoso Barchilón con sus nuevas esclavas.

JEN.—Llegó el momento: venid un instante, fijaremos todos los detalles de la presentación. (Entran en la tienda.)

Barchilón. Le siguen los dos servidores que salieron con él y siete mujeres esclavas, seis vestidas por grupos de dos iguales, la del centro distinta. Estas mujeres van unidas unas a otras, de dos en dos también, por una cadena que les sujetará a los tobillos, pero de una a otra habrá medio metro para que puedan danzar; al salir la arrastran, después se colocarán en hilera. Las sigue el coro general.

MÚSICA

CORO.—Ahí llega Barchilón
con las esclavas nuevas,
y dicen que trae una
de tan rara belleza,
como jamás se ha visto
mujer sobre la tierra.
¡Quiera el profeta
que su hermosura
le dé placer,
para que olvide
la ira que siente
por la mujer!

—

(Sale Barchilón con las esclavas, agitando y haciendo crugir el látigo.)

BAR.—¡Oh, pérfidas cautivas!
¡Oh, pérfidas esclavas!
vuestras danzas bailad.
Con la cadencia rítmica
de vuestros cuerpos lúbricos
mi carne despertad;
si no el cordón flexible de mi terrible [látigo
vuestra carne abrirá.

—

Esc. 1.ª—Escucha, gran señor,
la voz de una mujer,
que acaso llegue a ser
la prenda de tu amor.
No extremes tu rigor,
generoso zegrí;
si te ciega el furor
sacia tu furia en mí.

—

BAR.—(Reparando en la esclava primera.)
Mujeres peregrinas
de espléndida belleza
he visto, pero nunca
hallé mujer como ésta.
¡Oh, perla incomparable
entre todas las perlas!
(Reaccionando.)
Pero no, carne imbécil,
en ti vuelve, despierta,
que todas son lo mismo,
acuérdate de «aquélla».
¡Oh, pérfidas cautivas!
¡Oh, pérfidas esclavas!
Etc., etc.

—

Esc. 1.ª—Oye, mi dueño y señor,
una leyenda de amor.
Lo que te puede ofrecer
para templar tu furor

una infelice mujer.

—

Yo era infanta castellana
y el amor me hizo agarena,
por la enseña mahometana
olvidé la nazarena.

—

Un gomel me enamoró,
en sus palabras creí,
el alma me la robó
y el corazón se lo di.

—

Por la pena de amar,
que es un dulce sufrir,
bien se puede esperar
el dolor de morir.

—

Yo de puro enamorada
no cambiaría mis penas,
ni el peso de estas cadenas
por mi vida regalada.
No maldigo de mi suerte
ni de aquél bien que perdiera,
pero de mí, maldijera
si más no volviera a verte.
Que estas cadenas, señor,
conque me traes al destierro,
no son cadenas de hierro
que son cadenas de amor.

—

Todos. Por la pena de amar,
etc., etc.

Dichos, Jenaro, Samuel y Concha que salirán de la tienda. Manacor ha estado durante todo el número en la puerta.

HABLADO

Jen.—(Adelantándose.) ¿Tengo el gusto de hablar con el opulento israelita Samuel Barchilón?

Bar.—Yo soy, ¿quién eres y qué quieres?

Jen.—Pues tu humilde esclavo Jenaro Lebrija y Salagarza, desea conversar breves instantes contigo, en la plena seguridad que vas a estallar de alegría después de escucharme.

Bar.—(A los criados.) Entrad, mis esclavas, y esperarme. (Al coro.) Vosotras seguid vuestro camino. (Bis en la orquesta; los criados y las esclavas entran en la casa; el coro hace mutis por diferentes sitios.)

Sam.—Me salta el corazón.

Con.—Oye, no te pareces en nada a tu padre.

Sam.—Habré salido a mi abuelo.

Bar.—Habla, que te escucho.

Jen.—Barchilón, Jehová es grande.

Bar.—Y único.

Jen.—El te colmó de riquezas; eres poderoso entre los poderosos; tienes esclavos que te sirven, doncellas que te distraigan...

Bar.—Sí.

Jen.—Pero no eres feliz, Barchilón.

Bar.—¿Quién te ha dicho?...

Jen.—No; no eres feliz. Eres más desgraciado que un sello, que todo el mundo lo pega.

Bar.—Acabarás.

Jen.—No te impacientes; digo que no eres feliz, porque la felicidad la da el cariño paternal, y ese cariño te lo arrancaron a ti violentamente, miserablemente, criminalmente.

Sam.—(Entusiasmado.) Admirablemente.

Bar.—¿Pero es que tú sabes?...

Jen.—Todo. Sé que te uniste con la bellísima Esther, una joven de Galilea que era un amanecer de mayo.

Bar.—(Con éxtasis.) ¡Un campo de flores!

Jen.—Sé que Jehová, para colmar vuestra ventura, os envió un ángel, rubio como la mies y redondo como una píldora.

Bar.—(Nervioso.) Cierto.

Jen.—Sé que aquel niño fué tu gozo, tu alegría.

Bar.—Más aun, mi locura.

JEN.—(Aparte a Samuel.) Preparado para el grito filial. (Alto.) Y sé que en los momentos horrendos que siguieron a la desaparición de aquel pedazo de tu alma, tus ojos eran dos saltos de agua, tu corazón una motocicleta y tu cerebro los Altos Hornos de Bilbao. Y sé más; sé que ofreciste una buena cantidad al que te devolviese tu hijo.

BAR.—Verdad. Ofrecí dar veinte millones.

JEN.—¿Veinte millones? Pues me juego la cabeza a que no se enteraron de tu ofrecimiento.

BAR.—Y hubiera dado treinta y cuarenta.

JEN.—¿Treinta y cuarenta? Sigo jugándomela.

BAR.—¡Ah, qué tristeza la de aquellos días, qué horas de angustia pensando en Samuel! Sólo el que lo pasa puede apreciar la magnitud del suplicio.

JEN.—Pues bien, Barchilón; bendice a Jehová y abre tus brazos.

BAR.—¿Para qué?

JEN.—Para que aprietes en ellos al hijo llorado. (A Samuel.) Anda, Samuel.

SAM.—(Dando un grito y yendo a Barchilón con los brazos abiertos.) ¡Padre de mi alma!

BAR.—(Cogiéndolo.) ¡Ah, por fin! (Lo aprieta con una furia de salvaje por el cuello.)

JEN.—Ahí le tienes, aprieta. ¡Qué cariño!

SAM.—¡Socorro, que me ahoga!

JEN.—Todo cariño.

SAM.—(Con voz quejumbrosa.) Que me ahoga.

CON.—Padre, que le ahoga.

JEN.—Déjalo que es cariño.

SAM.—Que no es cariño, que es un bestia.

CON.—Pero si es que le estruja, padre. (Jenaro, Concha y Manacor luchan y consiguen arrancarle a Samuel de sus brazos, y sujetan a Barchilón que quiere cogerle nuevamente.)

BAR.—¡Dejádmelo! ¡Dejádmelo, que quiero estrangularle! (Manacor sujeta a Samuel.)

SAM.—¡Mi padre!

JEN.—¡Pero señor Barchilón, que la sorpresa le ha trastornado el juicio!

BAR.—¡Nunca como ahora! Quiero verle exhalar el último aliento.

SAM.—Por Dios, no soltarle que me desalienta.

BAR.—Quiero con su muerte vengar la inicua ofensa de su adúltera madre.

JEN.—¡Pero señor Barchilón!...

SAM.—Pero padre.

BAR.—No, yo no soy tu padre; no manches con tus labios ese nombre. Tú eres hijo del oprobio.

SAM.—¿De quién dice que soy hijo?

BAR.—Que Jehová te maldiga; que todas las plagas de Israel caigan sobre ti, y sirva tu cuerpo de pasto a los buitres. (Contenido y empujado por Manacor, va haciendo mutis a la casa, diciendo:) ¡Maldito, maldito, maldito! (Con la última palabra desaparece y cierra.)

Dichos menos Barchilón.

JEN.—Maldito si lo entiendo.

SAM.—Bueno, ¿y de dónde ha sacado usted que este monstruo es mi padre?

JEN.—Hombre, a mí lo que me dijo tu padre.

SAM.—¿Qué padre?

JEN.—El otro, el de Madrid, el agónico; mejor dicho, a estas horas el putrefacto.

CON.—¡Pobrecillo! Pues a poco te estrangula.

JEN.—Sí, sí; a lo último yo ya te estaba viendo con la lengua fuera.

SAM.—Como que no la he sacao porque no creyera que le hacía burla y fuera peor.

CON.—Y usted también lo ve que pide socorro, y tan tranquilo.

JEN.—Hombre, yo creí que era el arrebato lógico; figúrate, quince años sin verte.

SAM.—Pues si vengo a los treinta años me hace harina lacteada.

CON.—Sea lo que sea; esto no se hace con un hijo.

MAN.—(Que se ha ido acercando poco a poco.) Es que tú no eres hijo de Samuel Barchilón.

SAM.—¡Caray!

CON.—¿Qué dice usted?

JEN.—¿Que no es su hijo?

MAN.—No; la bella Esther le fué infiel, y de aquellos amores adúlteros nació éste. Ya os contaré la historia.

SAM.—Bueno, pero yo tendré un padre.

MAN.—Y más poderoso que Barchilón y más rico que él.

JEN.—¿A que vas a salir ganando en el cambio?

MAN.—¡Tú eres hijo del rajah de Baroda!

SAM.—¡De un rajah!

JEN.—¡De un rajah!

CON.—¡De un rajah!

MAN.—¡De un rajah!

MÚSICA

SAM.—¡Mi asombro es atroz!
¡Rajah mi papá!
LOS OTROS.—¡Rajah, rajah!
SAM.—¡Quién lo iba a decir!
¡Yo hijo de un rajah!
¡Millonario yo,
o multi quizá!
Y al fallecimiento
de mi señor padre,
servidor rajah. (Ríe.)
LOS OTROS.—¡Rajah! ¡Rajah!
¡Se ha vuelto loco!
¡Pobre Samuel!
¡Mas loco y todo,
quién fuera él!
SAM.—Palacios fastuosos,
jardines prodigiosos
y lagos cristalinos
donde refleje el sol.
Salones de oro y nácar,
tapices y esculturas
y artísticas pinturas
serán de un servidor.
LOS OTROS.—Ya lo verás,
de todas esas cosas
dueño serás.
SAM.—¡Pues si es así
será una cosa enorme!
LOS OTROS.—¡Claro que sí!
Tendrás mil servidores
que te hagan reverencias,
y muchas eminencias
se harán lenguas de ti.
SAM.—Y esclavas voluptuosas
y bellas del Oriente
irán seguramente
para cantarme allí
trovas cadenciosas
que jamás oí,
con letras preciosas,
una cosa así:
(Simulan tocar la guitarra.)
TODOS.—Plim-plim-plim.
Plim-plim-plim.

—

SAM.—¡Ay, moreno de boca hechicera
son tus ojos igual que un veneno!
Déjame que te mire aunque muera.
LOS OTROS.—¡Ay, moreno, moreno, mo-
[reno.
SAM.—¡Di porqué eres así,
tan arrebatador!
Di que ansías de mí
locura de amor.

—

¡Negro!
¡Mi negro!
Al ver tu boquita me alegro,
y tus ojos claros
que han de ser mi perdición,
y esa tu sonrisa
que me alegra el corazón.
LOS OTROS.—¡Chato!
¡Mi chato!
¡No he visto más lindo muchacho!
Verme yo en tus ojos
y morirme de pasión.
SAM.—¡Qué felicidad y qué ilusión!

—

(Para caso de repetición cámbiese la copla por la siguiente:)

SAM.—Si tú miras con fuego a las mo-
[zas,
las deleitas y las arrebatas,
y así luego en la cara las rozas.

LOS OTROS.—¡Ay, las matas, las matas,
[las matas!

HABLADO SOBRE LA MÚSICA

JEN.—Ven aquí, heredero del trono de Baroda.

SAM.—Pero ¿ha visto usted qué cosas suceden en este mundo? Yo, creyendo que ese tío salvaje era mi padre, y ahora resulta que es un rajah indio.

MAN.—Y con el tiempo el rajah lo serás tú.

CON.—¡Ay. Samuel, tú rajah!

SAM.—¡Quién me lo iba a decir! ¿Verdad?

JEN.—Pues y a mí, ¿quién me iba a decir que una hija mía iba a ser rajadesa? ¿De modo que tú estás seguro que éste es hijo?...

MAN.—De Jamar-Jalea, rajah de Baroda. Tan seguro como el sol sale por Oriente. Y más puedo asegurarte: sé que tu padre en cuantas cartas escribió a tu madre, le hablaba del inmenso cariño que sentía por ti; por ese hijo—decía—a quien nunca podré dar un beso.

JEN.—¿De modo, que tú crees que lo recibirá con los brazos abiertos?

MAN.—Y con lágrimas en los ojos.

JEN.—Pues no divaguemos y a Boroda, que el cariño paternal te reclama.

Dichos; foro derecha, mercaderes 1.º y 2.º cargados con telas, cajas, etc. Poco después por la tienda, Ataliar y Manasés; este último es el dueño de la tienda, que saca una cuenta en la mano.

MER. 1.º—Aquí están todos los encargos que adquiristeis en el Bazar Israelita.

JEN.—(Asustado de ver tantos bultos.) Está bien; dejadlos ahí.

(Dejan los bultos y hacen mutis.)

ATA.—Aquel, que es mi amo, le pagará.

MANA.—Está bien. (A Jenaro.) Señor, la cuenta del criado.

JEN.—A ver. (Lee.) Dos raciones de lomo de cerdo. Dos ídem de lomo de cordero. Otras dos de lomo de vaca. Seis pasteles de la Arabia, un pan de dos libras; dos botellas de vino y un puro.

MANA.—Total...

JEN.—Un cólico. (A Ataliar.) Te has hinchado de lomo. ¿Te habrá desaparecido la flaqueza?

ATA.—Del todo, señor.

JEN.—Menos mal. Ahí va; la vuelta para ti.

MANA.—Gracias, pródigo. (Entra en la tienda.)

JEN.—Yo creo que me saldría más barato mantener una casa de fieras. (A Ataliar.) Pues anda, ve cogiendo todos esos bultos, que nos marchamos.

ATA.—Señor...

JEN.—(Asustado.) ¿Qué te pasa?

ATA.—Nada; que me va a ser imposible andar, y con todos esos bultos mucho menos.

CON.—¡¡Pero qué dice!!

ATA.—Que hasta dentro de dos horas no hay que contar conmigo.

JEN.—Esto es para disparar metralla. (Resignado.) Bueno, pues andad, coged vosotros vuestras compras.

SAM.—Recontra con el criadito. (Cogiendo la mitad.)

CON.—Sí que ha sido una adquisición. (Carga con otros bultos.)

JEN.—(Cargando con otros.) ¿Estamos listos?

CON. y SAM.—Estamos.

JEN.—(A Ataliar.) Pues anda, síguenos.

ATA.—(Suplicante.) Señor.

JEN.—¿Qué pasa?

ATA.—Que no puedo moverme; soy un plomo y si el señor quisiera podría alquilarme un burro.

JEN.—(Desesperado.) Sí, hombre, sí. (Al foro izquierda.) Tú, burrero, trae un burro y que se monte este inválido. (De la izquierda sale un moro con un burro chiquitín en el que monta Ataliar.)

JEN.—Qué ¿vas bien?

ATA.—No. El lomo de este animal no me gusta.

JEN.—¡Será embustero! ¡Pues no dice que no le gusta el lomo! Anda, arréale.

SAM.—¿Vamos?

CON.—¿Vamos?

JEN.—(Al público indicando a Ataliar.) Lo que se dice una ganga. (Marchan hacia la izquierda. Al mismo tiempo fuerte en la orquesta, y se oye por la derecha a Manacor que va recordando su canción.)

MAN.—(Dentro.) Beber quisiera yo en ellos
el secreto de tu amor.
etc., etc.

(El telón va cayendo lentamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Salon del trono de un palacio en la India. Foro a gusto del pintor, pero procurando que sea una galería abierta por la que se vea la ciudad iluminada por los rayos del sol. Lateral derecha cajas libres: segunda izquierda el trono, un poco sesgado para que se domine bien de todo el público. Primer término puerta que conduce a las otras habitaciones. Todos los demás detalles a gusto del pintor,

Jamar-Jalea, Jubea, Holcar, Kazil. Coro general, guerreros, dignatarios, músicos y cuerpo de baile. Al levantarse el telón están en escena Kazil y Holcar, viejos dignatarios. Por el foro, lejos y a media voz que irá creciendo, se oye al coro general que canta.

MÚSICA

CORO.—(Dentro.)
Que reine muchos años,
feliz por siempre sea
el príncipe de príncipes,
el gran Jamar-Jalea.
Guerrero poderoso
y sabio y justiciero,
sus dotes y virtudes
admira el pueblo entero.
¡Honores y riquezas
al príncipe escogido
y que de Brahma sea
por siempre protegido!

RECITADO DENTRO DE LA MÚSICA

KAZ.—Ya llega la comitiva y con ella nuestro amado príncipe el gran Jamar-Jalea.

HOL.—De la gran Pagoda vienen de dar gracias a Jagarnath, el Dios bueno, por cumplirse hoy doce años de su advenimiento al trono.

KAZ.—(Yendo al foro.) Plañideras, brahmanes, guerreros, músicos, todos vienen

HOL.—Jamar-Jalea y su esposa se apean de los elefantes.

KAZ.—¡Gran dia es hoy en Baroda! (Más fuerte la orquesta; al compás de la música entran en escena y se van colocando para formar cuadro, guerreros, dignatarios, despues Jamar-Jalea y la princesa Jubea en palanquines, la guardia india, la música y el cuerpo de baile. Acabado el desfile y ya en el trono Jamar Jalea y su esposa.)

JAM. ¡Gracias os doy a todos!
¡Que Jagarnath os bendiga!

Y concluya esta fiesta
con nuestra danza india.

(Gran bailable. Cuiden los directores de este baile.)

HABLADO

JAM.—Gracias doy a Brahma por sus bondades, y a vosotros mis leales súbditos, también os las doy; no olvidéis que aunque feudatario de la gran Inglaterra, llevo en mis venas sangre de los Tamérlides, dinastía tan antigua como la India misma.

JUB.—(Con acento varonil y duro.) Como yo.

JAM.—(La mira con algo de repugnancia y resignado continúa.) Que he cazado en la selva de Perama la pantera negra.

JUB.—(Idem.) Como yo.

JAM.—(La vuelve a mirar del mismo modo y continúa.) Y que de niño aprendí a jugar el lazo, el terrible lazo que mata.

JUB.—Como yo.

JAM.—Por último, en todas las ocasiones he demostrado que soy un hombre.

JUB.—Como yo .. (Rectificando en seguro.) Como yo una mujer digna de tan gran príncipe.

KAZ.—Señor, todas las venturas parecen pocas a tus humildes súbditos para que de ella goces, pero autorízame para hacerte una súplica.

JAM.—Kazil, fuiste mi preceptor cuando aun no pensaba ocupar el trono, tú me acompañaste a recorrer el Asia, el Africa, la Europa; has sido y eres mi mejor consejero y amigo, por lo tanto... (Va a autorizarle para hablar, pero se detiene y dice a Jubea.) ¿Te parece que debo autorizarle para que hable?

JUB.—(Despóticamente.) Que hable, pero que sea breve.

JAM.—Ya lo oyes; sé breve.

KAZ.—Señor, hoy se cumplen doce años que ocupas el trono y con tal motivo, en tu reino todo es regocijo y alegría; pero más aún lo será si te acuerdas de ser clemente. Señor, que Bowanhia, diosa del odio, y Siva, dios del mal, no logren que se oficie en día tan señalado en sus altares. Perdona a los que van a sufrir hoy tormento porque se permitieron blasfemar de Jagarnath, el dios poderoso.

HOL.—Perdónalos, Jamar Jalea, príncipe poderoso.

JAM.—Es una idea magnífica; yo recuerdo haber leído, no sé en dónde, que la clemencia es el mejor adorno de los príncipes; desde luego los perdono.

JUB.—(Con rabia.) ¡Nunca! ¡Perdonar a los blasfemos de Jagarnath el gran dios! ¿Y eres tú el que lleva sangre de los Tamérlides?

JAM.—Pero mujer, considera que...

JUB.—He dicho que no y no.

JAM.—(A todos.) Bueno, pues ya lo habéis oído: no los perdono.

KAZ.—(Aparte a Holcar.) Lo de siempre, no hay más voluntad que la de Jubea.

HOL.—(Idem.) El rajah no es rajah; es un juguete de su mujer.

KAZ.—(Idem.) La tiene un miedo mortal.

HOL.—Lo que más teme en el mundo.

JUB.—(Secamente a Jamar.) Da por terminada la ceremonia y vamos.

JAM.—Cada cual a su puesto; y tú, Kazil, y tú Holcar, venid conmigo. (Bis en la orquesta. Coros, músicos, etc., etc., hacen mutis por diferentes sitios. Jamar da la mano a Jubea y seguido de Kazil y de Holcar hace mutis por la primera izquierda.)

Samid, ayuda de cámara de palacio, Concha, Jenaro y Samuelito. Estos dos últimos visten lo mismo, pero sin fez indio. Jenaro desde luego con la guitarra.

SAMID.—Repito que es inútil; porque no digáis le pasaré la carta del cónsul, pero dudo mucho que os conceda audiencia.

JEN.—¿Pues qué pasa?

SAMID.—Que hoy se cumplen doce años que se sentó en el trono Jamar-Jalea, de la dinastía de los Tamérlides, a las quince horas, veinticuatro minutos y treinta segundos, meridiano Calcuta, por muerte de su padre Sabi-Jalea, ocurrida dos

días antes, a las veintitrés horas, diez minutos y catorce segundos del susodicho meridiano.

SAM.—Este tío es un almanaque de pared.

JEN.—¿Conque sí, eh? Bueno, pues dame esa carta y pásale esta otra, y yo te juro que ahora son (Mirando el reloj.) las once horas, seis minutos y catorce segundos meridiano Cansecc; bueno, pues si a las once y cuarto no está su india majestad bailando un tango argentino, es que no ha llegado aquí todavía esa voluptuosidad americana.

SAMID.—Puesto que tienes tal seguridad, voy a pasársela.

JEN.—Menudo abrazo te va a dar.

SAMID.—Esperad aquí. (Mutis izquierda.)

Dichos menos Samid.

JEN.—¿Pero qué le dice usted en la carta?

CON.—Todo: como yo me sospechaba que nos pondrían algún inconveniente para verlo, de repuesto me traje esa misiva en la que le digo lo de rúbrica: «Me alegraré que al recibo de esta se halle bien en compañía de los suyos, etc., etcétera, yo bien a Dios gracias, etc. La presente tiene por objeto...» y le largo que vengo con su hijo, que está deseando caer en sus brazos, evoco la memoria de tu pobre madre y nada más.

CON.—Ah, pues nos recibirá en seguida.

JEN.—¡Figúrate!

SAM.—Y a todo esto, se ha fijao usté qué choza tiene mi señor padre.

JEN.—¡Una bohardilla de treinta reales!

CON.—(Admirada.) ¡Parece un palacio de Aladino!

JEN.—Pues todo esto es vuestro, mejor dicho, lo será dentro de poco, porque me he enterao que está muy enfermo.

CON.—Lo importante es que acabemos de ir de acá para allá y que se acaben los sinsabores.

JEN.—Y que no han sido pocos; pues si me llego a fiar de éste (Por Samuel.) a estas horas estamos en el Golfo de Guinea.

SAM.—¿De mí? ¿Yo qué culpa tengo?

JEN.—¡Que te dije que marcases la ruta, porque como yo te había oído decir en Madrid que habías estado varias veces en la India!

SAM.—Y he estado; pero en la de la calle de la Montera.

JEN.—Te daba así.

Dichos, Jubea, que sale hecha una furia con una carta en la mano. Detrás Samid.

JUB.—¡Qué vergüenza! ¡Qué humillación! ¡Qué escándalo!

SAMID.—Perdonad, señora, pero esa carta era para el rajah.

JUB.—¿Es que acaso ignoras que todas las cartas del rajah tienen que pasar antes por mis manos?

SAMID.—¡Princesa!...

JUB.—Basta. ¿Son esos, verdad? (Por Jenaro, Concha y Samuel.)

SAMID.—Esos son.

JUB.—Que esperen en esa habitación, (Por la derecha.) y dile al rajah que le aguardo. (Figura que sigue leyendo la carta con ademán de ira.)

SAMID.—(A Jenaro y los otros.) Pasen aquí; el rajah no tardará en venir.

JEN.—¿Veis cómo nos recibe? (Entran. Samid cruza y hace mutis por la izquierda.)

Jubea, después Jamar Jalea, Kazil y Samid.

JUB.—(Estrujando la carta.) ¡Ah, Jamar Jalea, conque me has engañado! Me juraste el día de nuestra boda que llegabas a mí puro como el aliento de la diosa Kali... Pues como sea verdad teme mi venganza.

JAM.—(Saliendo seguido de Kazil y Samid.) ¿Me llamabas, bambú tropical?

JUB.—Sí, pero no te acerques...

JAM.—Pero...

JUB.—(Con más furia.) Retírate. (A Samid.) Toma, alárgale esa carta, léela y

contesta. (Kazil coge la carta y se la entrega a Jamar. Mientras éste la lee, Jubea se dirigirá al foro despreciativamente.)

JAM.—(Al leer la carta da un gran suspiro.) ¡Ah! ¡El! ¡Por fin! ¡Quince años, Brahma poderoso! Kazil. (Llamándole.)

KAZ.—Señor.

JAM.—(En voz baja y con alegría reconcentrada.) ¡Mi hijo! Aquel niño de la hebrea de Alepo.

KAZ.—Disimula, señor. Jubea nos mira.

JAM.—(Con pena y rabia.) ¡Y no poder estrecharle entre mis brazos! ¡Hijo de mi alma!

JUB.—(Avanzando.) ¿Qué contestas?

JAM.—(Dominándose.) Que esto es una calumnia vil, una impostura. Tú ya sabes que yo no conocí los divinos secretos del amor hasta que me uní a ti, caña del Ganges.

JUB.—¿De modo que tú afirmas que es una impostura?

JAM.—Esa es la palabra. (Aparte.) ¡Perdóname, pedazo de mi alma!

JUB.—Pues bien, tú mismo vas a contestarle al autor de esa carta

JAM.—¿Pero está aquí?

JUB.—En esa estancia.

JAM.—¿En esa estancia el autor de esta carta? Pues bien, que salga.

JUB.—¡Bravo!

JAM.—Que salga el autor, que me va a oir.

JUB.—(A Samid.) Ya lo oyes: diles a esos europeos que se presenten.

JAM.—(Con ansiedad.) ¿Pero hay más de uno?

JUB.—El de la carta, una mujer y un joven.

JAM.—(Sin poder contenerse.) Mi hi... Mi hi...

JUB.—¿Qué te pasa?

JAM.—(Enmendando.) ¡Miserables! No, que no salgan, no quiero verles. (A Kazil.) La voz de la sangre me delataría.

KAZ.—Dominate, señor.

JUB.—(Imperiosa.) Que salgan. (Samid obedece.)

JAM.—¡Dame fuerzas, Visnu!

Dichos, Jenaro, Concha y Samuelito.

SAMID.—(Señalando al grupo de Jamar y Kazil.) Allí tienes al rajah.

JEN.—(Adelanta y hace una reverencia a Kazil.) ¡Gran Jamar Jalea!

KAZ.—El rajah es éste.

JEN.—(Aparte.) Me he colao. (A Jamar.) Gran señor, soy tu siervo.

JAM.—¿De modo que tú eres el autor de esta carta?

JEN.—El mismo. (Aparte a Samuel.) Vete preparando para el grito.

JAM.—¿Tú eres el que afirmas que me traes un fruto de bendición que tuve en Alepo?

JEN.—Ahí le duele; servidor es el encargado del fruto. (Aparte a Samuel.) Adelántate un poco para que se fije. (Samuel se adelanta.)

JAM.—(Aparte a Kazil.) ¡Oh, Kazil! ¡Mírale: rubio como su madre! ¡Rubio como yo!

KAZ.—Tú eres moreno.

JAM.—(Continuando.) ¡Como yo me lo figuraba! ¡Y tener que!...

JUB.—(Imperiosa.) Vamos, termina.

JAM.—(Dominándose.) Pues bien, sólo una palabra acude a mis labios.

JEN.—(Sin dejarle hablar.) No la digas, la adivino. (A Samuel.) ¡Anda con él!

SAM.—Padre de mi al...

JAM.—(Dándole un grito.) ¡Miserables! ¡Impostores!

SAM.—(Corriendo a refugiarse detrás de Concha.) ¡Otra vez lo mismo!

CON.—¿Pero qué es esto?

JEN.—Pero señor de Jalea.

JAM.—Impostores, sí. ¿Quién os ha encargado que lleguéis hasta aquí con esa calumnia?

JEN.—(Sin poder contenerse.) Oiga usté, que a mí no me ha encargado nadie de calumnias, ¡ea! Que ya estoy harto de lo que me sucede con este niño, que más que judío parece sevillano; en todas partes me lo rechazan.

JAM.—Calla, o mandaré que te quemen la lengua.

JEN.—¿Pero qué culpa tengo yo de que le gustase a usté la señora de Barchilón?

JAM.—(Asustado, a Jubea.) Mentira, todo mentira. No lo creas; ese hombre está loco...

JUB.—Basta. No demos escándalos.

JAM.—Te juro que son unos falsarios.

JUB.—Y yo te creo, porque de no ser así... (Suena un gongo dentro.) La hora de hacer mis ofrendas a la diosa Kali. Acompáñame.

JAM.—Sólo por unos momentos, porque voy a disponer lo que se hace con esos bandidos. (A Kazil y a Samid.) Seguidme. (Vanse foro izquierda.)

Concha, Samuel, Jenaro.

CON.—Bueno, ¿qué hacemos?

JEN.—(Desesperado.) Esto es para abrirme una arteria...

CON.—No tanto.

JEN.—¡Nada más que para ver cómo tiene uno la sangre! ¡Que la debe tener negra!

CON.—Pues hay que tomar una resolución.

SAM.—Por mí la que quieran; todo menos ir en busca de otro padre, porque yo no voy. A mí me llaman ustedes hijo de la fatalidad, o de la desdicha, o de la jefatura...

JEN.—¿Pero qué dices?

SAM.—De eso que tiene mala pata.

JEN.—De la jefatura.

SAM.—Pues de eso; porque ya estoy harto de tener el corazón en vilo y los brazos abiertos para que me vituperen, me improperien y me acardenalen.

JEN.—De todo esto tiene la culpa tu madre.. Sí, no me mires así, tu madre; que no es ofenderla, pero tu madre debió dejar claro lo de tu padre, para que tú no te vieras en la dura necesidad de criticar a tu madre y de andar buscando a tu padre, pasando por el bochorno de oir a uno que crees que es tu padre decir que no es tu padre, teniendo la completa seguridad de que por ahí anda tu padre.

SAM.—¡Mi madre!

JEN.—Tu padre. De todo lo cual se deduce que tu madre no se portó como una madre.

SAM.—Pero es mi madre, y yo no debo criticarla, por ser mi madre.

CON.—Es verdad padre.

JEN.—Como os dé la gana; lo único que os digo es que el conflicto es más desairao que el casco de un guardia. Este Jamar-Jalea no te reconoce, y de capital nos quedan unas cuarenta pesetas moneda india, que al tipo que está aquí el cambio, no tenemos ni para ir al cine; de modo que no nos queda más solución que ponernos a tocar la guitarra a la puerta de una pagoda.

CON.—¡Sí que es fatalidad!

Dichos y Jamar por foro izquierda.

JAM.—(Al público.) Mientras Jubea queda haciendo sus ofrendas a la diosa, tengo tiempo de... (Llevándose la mano al corazón.) No puedo, no puedo contener los latidos de mi corazón.

CON. }
SAM. } ¡El rajah!

JEN.—Este nos echa a «patás».

JAM.—(Aparte.) No sé si al estrecharle entre mis brazos moriré de alegría,

porque tengo un nudo en la garganta. (Se dirige a Samuel con los brazos abiertos.) Hij... hij...

SAM.—(Corre por la escena.) ¡Que me mata!

CON.—¡Socorro!

JAM.—¡No, no gritar, por Brahma poderoso! Y tú no corras. Ven, ven, que quiero darte con toda mi alma...

SAM.—Sujetadle, que me va a dar con toda su alma.

JAM.—Sí, quiero darte con toda mi alma un abrazo. (Lo coge.) ¡Hijo de mi vida!

JEN.—¿Eh?

CON.—¿Qué dice?

JAM.—(Besándole.) ¡Hijo de mis entrañas! ¡Hijo de mi corazón!

JEN.—¡Caracoles!

JAM.—¡Qué inmenso gozo! ¡Qué suprema alegría!

SAM.—¡Qué raro! ¡No me pega!

JAM.—¡Pobre Esther! ¡Cuánto habrá sufrido! ¡Oh, Jamar, mi Jamarito! (Acariciándole.)

SAM.—Samuelito dirá usted.

JAM.—¿Cómo? ¿No te llamas Jamar? Yo encargué a tu madre que te pusieran mi nombre.

JEN.—(Aparte.) ¡Adiós! ¿A que se va a desarreglar otra vez? (Alto.) No, verá usté. La madre de éste le dijo a los padrinos: «Ponerle Jamar.» Pero el padre... bueno, el marido de la madre se indignó mucho y dijo «¿Jamar? ¡Jamás!»

JAM.—¡Ah, qué horror! ¿Pero el esposo de Esther acaso sospechaba?

CON.—(Padre, que lo va usted a echar a perder.)

JEN.—No, le diré a usted, tenía su poquito de mosca detrás del auricular, pero...

CON.—(Aparte.) Padre, que...

JEN.—Pero de eso ya hablaremos después, aparte de que aquí le entrego esta confesión del judío David, y ello le pondrá en antecedentes...

JAM.—(Cogiendo los papeles.) Sí, dices bien.

JEN.—Ahora lo importante es que lo tiene usted en sus brazos. ¡Con las ganas que tenía el pobrecito de darle a usted un beso!

JAM.—(Con alegría.) ¿De verás?

JEN.—Hay que ver la matraca que nos ha dado durante el viaje. ¿Dónde está mi padre? ¡Yo quiero ver a mi padre!

JAM.—¡Hijo de mi alma!

JEN.—Y ahora permítame usted. (Le da la guitarra.) Gracias a Dios que me la descuelgo; me había hecho callo en la sangría.

JAM.—¿Qué es esto?

SAM.—Un presente.

CON.—Un modesto regalo.

JAM.—¿Española?

JEN.—Madrileña, de la tierra donde se ha educado este charrán; la toca usted y suena a chulos, a celos y a puñalás.

JAM.—¡Ah, quién supiese tocarla!

CON.—Yo misma.

JAM.—¿Tú?

JEN.—Sí, señor, ella. Y además le va a cantar a usté una canción española, que la canta en una pagoda y la aplauden las esfinges.

JAM.—(Dándole la guitarra.) Canta ya.

(Concha se sienta en una banqueta frente al público; toca y canta.)

MÚSICA

CON.—De España vengo y en mi cuerpo la gracia de la manola.
¡soy española!
En mis ojos me traigo luz de su cielo De España vengo,

de España soy,
y mi cara serrana va pregonando
que he nacido en España por donde voy.

—

A mí lo madrileño
me vuelve loca;
y cuando yo me arranco
con una copla,
al acento gitano
de mi canción
toman vida las flores
de mi mantón.

—

Campana de la torre
de Maravillas,
si es que tocas a fuego
toca de prisa.
Mira que ardo
por culpa de unos ojos
que me han mirao.

—

Por culpa de unos ojos
madre, me muero,
por culpa de unos ojos
negros, muy negros,
que los tengo metíos
dentro del alma
y que son los ojazos
de mi gitana.

—

Muriendo estoy, mi vida,
por tu desvío.
Te quiero y no me quiere,
gitano mío.
Mira qué pena,
verme así despreciada
siendo morena.

—

De España vengo,
de España soy,
etc., etc.

HABLADO

JAM.—Bonita canción.
CON.—¿Le ha gustado a usted?
JAM.—Muchísimo. Y vosotros, ¿no sabéis ninguna otra?
JEN.—¿Nosotros?
JAM.—Sí, me gustaría oíros algo.
JEN.—Pues si es su gusto...
SAM.—(Aparte.) ¿Pero qué le vamos a cantar?
JEN.—Aquella cancion de salida que cantaban en el Chantecler las Hermanas «Catafalco».
SAM.—Un poco fúnebre me parece.
JEN.—Ya lo arreglaremos. Lo importante es que este tío se quede encantao de nosotros. Conque fíjese usté que va usté a ver materialmente a dos chauteuses españoles. Tú, coge ese tapiz.
(Samuel coge un tapiz y se lo coloca y Jenaro otro.)

MÚSICA

(Cuiden los directores de poner cómicamente y bien este número.)
LOS DOS.—¡Arza y olé!
Soy el rayo de luna más triste
que ha visto usté.

—

¡Olé y olá!
cuando alumbro las fosas y nichos
qué gusto me da.

—

Soy un «rayito» de luna
que da luz a un sementerio
donde reposa mi padre,
y mi tío Desiderio
y mi pobrecita mare,
y un primo la mar de serio,
y una hermanita
bastante mona
que se murió,
porque al cogerla
la comadrona
la «espachurró».

—

(Con aire flamenco y triste.)
Sementerio, sementerio,
siempre solo, siempre serio,
si no fuera por el rayo
de lunita que te alumbra,
¡qué sería de tus fosas,
qué sería de tus tumbas!
¡Ay, qué tumbas!
Pobrecitos «cadaveres»
sin hablar una palabra
y por toda distracción
bailan la danza macabra.
(Bailan cómicamente la danza. Este número se interpretará imitando en todo a las malas cupletistas.)

JAM.—(Entusiasmado.) ¡Muy bien! ¡Muy bien! Bailáis mejor que danzarinas del fuego. Sobre todo tú. (Por Samuel.) ¡Oh, qué guapo eres! Como ella, como la pobre Esther. Déjame que te bese, así, (Le besa.) así, (ídem.)

JEN.—Se va a volver loco de alegría.

CON.—¿Pero por qué este hombre lo trataría antes tan mal?

JEN.—¡Qué sé yo!

JAM.—Así, entre mis brazos, así. (Muy cariñoso.)

Dichos, Jubea por foro izquierda seguida de Samid.

JUB.—¡Qué ven mis ojos!

JAM.—(Al notar la llegada de Jubea cambia las caricias por golpes.) Así, perro. (Pegándole.) Así, falsario, así te he de matar.

SAM.—¡Que me lisia!

JEN.—¡Caray!

CON.—¡Dios mío!

JUB.—(Adelantándose.) Déjale, Jamar. No es necesario que te irrites ni llegues a esos extremos; no eres tú quien ha de castigar a esos falsarios.

JEN.—¿Cómo castigar?

JUB.—Silencio, sapo de los cienos.

JEN.—¿Qué me ha llamao?

SAM.—Sapo de no sé qué.

JUB.—Samid.

SAMID.—Princesa.

JUB.—Abofetea a ese villano.

JEN.—¿A mí?

SAMID.—De orden superior. (Le da una bofetada.)

JEN.—¡Qué bestia!

SAM.—Como de orden superior...

JEN.—Lo que es superior es la bofetada.

JUB.—Samid.

SAMID.—Princesa.

JUB.— Dale también al chico.

JAM.—No le des...

JUB.—¿Cómo?

JAM.—No le des flojo, ¿eh? (Aparte y tapándose los oídos.) ¡Hijo de mi alma! (Samid le da otra torta a Samuel.)

SAM.—¡Qué bruto!

CON.—Esto es un atropello, una indignidad.

SAM.—Yo me voy a quejar al cónsul.

JEN.—Ahora no te vayas a quejar.

SAM.—Pues no me he de quejar, si me duele mucho.

JUB.—Y ahora que los lleven, menos a ella, y que lo agradezca al ser mujer, a la pagoda de la diosa Bowanhia y que le ofrenden sus tormentos.

JAM.—(Aparte.) Hijo de mis entrañas, ¡le van a martirizar!

SAMID.—Vamos.

JEN.—¿Ah, pero es que encima de los guantazos nos van a molestar más?

SAMID —Os van a someter al tormento.

JEN.—¿A qué tormento?

SAMID.—Al del fuego.

JEN.—¿Al del fuego? ¿Sabes que ya me voy quemando?

JUB.—(Llamando.) ¡Ah de la guardia! (Salen por foro derecha seis guardias indios.) Llevarse a los europeos y que se cumplan mis órdenes.

SAM.—¡Ay, don Jenaro, nos van a quemar!

CON.—¡Quemar! Eso no lo hace ningún padre.

JEN.—Eso no lo hace más que una salamandra.

SAMID.—En marcha. (Los tres van saliendo rodeados de la guardia.)

JUB.—(Imperativa.) ¡Así se castiga a los impostores, así!
JAM.—(Aparte.) Así... te maten. (Fuerte en la orquesta y telón de cuadro.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Interior de una pagoda india consagrada al culto de Bowanhia, diosa del odio y de la venganza. En el centro, templete con la figura de la diosa. El resto a gusto del pintor, dejando libres por derecha e izquierda las primeras cajas. Es de noche, pero la pagoda debe estar espléndidamente iluminada.

Al alzarse el telón aparecen colocadas artísticamente las sacerdotisas de la diosa, las danzarinas del fuego y Mirza, sacerdotisa del culto.

MÚSICA

(Un baile corto de adoración.)

HABLADO

MIR.—Que pasen los que han de ofrendar sus martirios a Bowanhia.

Dichos, por primera derecha salen Jenaro, Samuel y varios indios más, la guardia del cuadro anterior y Samid. Al llegar al centro se detienen. La guardia forma al fondo.

SAMID.—Prosternarse ante Mirza sacerdotisa de la diosa.

JEN.—¿Cómo dices?

SAMID.—Que te prosternes.

JEN.—¡Ah, con mucho gusto! Anda Samuel, arrodíllate y mete la cabeza bajo el ala. (Todos se prosternan.)

SAMID.—Vais a ofrecer a Bowhania vuestros tormentos; si los sufrís con resignación, Brahma, el Dios bueno, borrará los restos de vuestras culpas.

MIR.—Levantaos. (Se levantan.)

SAM.—Ay, señor Jenaro, esto va a ser horripilante.

JEN.—¿Pero qué es lo que van a hacer por fin con nosotros?

SAM.—¡Qué sé yo! Freirnos las manos, freirnos las rodillas, freirnos los hombros.

JEN.—Sí, me doy cuenta, un frito variado. Estos tíos son unos salvajes.

SAM.—Y ya ve usted porqué delito más nimio. ¿Pues qué harán aquí con uno que asesine a su familia?

JEN.—Qué sé yo, como no lo pongan con arroz.

SAM.—Yo por quien lo siento es por Conchita.

JEM.—¡Pobre hija mía! Cómo lloraba.

MIR.—Sacerdotisas del odio, danzarinas del fuego, retiradse. (Música. Se retiran fondo derecha.) Y vosotros ofrendadle a la diosa los tormentos que vais a sufrir.

MÚSICA

(Los indios forman dos filas, frente a frente, dejando en medio a Samuel y Jenaro.)

TODOS.—¡Bowhania!
Diosa excelsa del martirio,
yo en tu honor
sacrifico las torturas
y el dolor.
En tu honor, diosa Bowhania,
por mi fe,
resignado los tormentos
sufriré.

—

JEN.—Ahora a los dos nos toca
ofrendarle el martirio
a la diosa Bowhania,
que es más fea que Picio.

—

SAM.—Pues vamos a ofrendarle
y hagámoslo de prisa.
JEN.—Esto tiene mas gracia
que el tubo de la risa.
(Dirigiéndose a la diosa.)
¡Yo en tu honor!
SAM.—(Iden.) ¡Yo en tu honor!

CUPLÉS

SAM.—Si esta mano me la tuestan
harán una salvajada.
JEN.—Pero cuando esté en su punto

te ofreceré la tostada.
SAM.—Si una tibia me dislocan
para ofrecértela a ti.
JEN.—Oh, gran diosa, va a ser tibia
la que voy a armar aquí.
TODOS.—(Cogiéndose de las manos y dando vueltas, menos Samuel y Jenaro.)
¡Salve! ¡Salve!
Cantemos en rueda.
¡Salve! ¡Salve!
JEN. y SAM.—¡Sálvese el que pueda!
TODOS.—¡Salve! ¡Salve!
y «Kirie eleisón»

JEN. y SAM.—Este es un remedo
de la Inquisición.

—

SAM.—Cuando un ojo me atraviesen
con un hierro puesto al rojo...
JEN.—Ya puedes buscar dinero
porque va a costarte un ojo.
SAM.—Si achicharran mi garganta
le llamo a usté sin tardar.
JEN.—Pero hombre, sin campanilla
cómo me vas a llamar.
TODOS.—¡Salve! ¡Salve!
Etc., etc.

HABLADO

MIR.—Y ahora que Brahma os dé fuerzas; aquí llega el que os ha de aplicar los tormentos.

Dichos y Mangor, saca un hornillo encencido y dentro varios hierros con puños de madera para poder cogerlos. Sale primera derecha.

MAN.—(Saliendo.) ¡Salud!

JEN.—Miá que decir este tío salud y nos va a tener un mes en cama.

MAN.—(A ellos.) ¿Perdonáis el dolor intenso que os voy a causar?

(Los demás, menos Jenaro y Samuel, dicen:)

INDIOS.—Perdono.

SAM.—Señor Jenaro.

JEN.—¿Qué quieres?

SAM.—Que si le perdona usted.

JEN.—¿A quién?

SAM.—Al del hornillo.

JEN.—Anda y que le maten, y a propósito, oye: (Llamando.)

MAN.—¿Qué deseas?

JEN.—¿Dónde nos van a atormentar?

MAN.—Ahí, en la bóveda roja.

JEN.—¡Caray, qué mareo me da! (Hace como si se desmaya y sin querer mete una mano en el hornillo y da un salto.) «Rebohwaniha», y cómo quema.

MIR.—Llegó el momento. Tú, a tu puesto. (Mangor saluda y entra por la izquierda.) Tú (A un indio.) el primero, tú (A Jenaro.) a continuación, detrás tú. (A Samuel.) Y vosotros detrás. (Forman todos una fila.)

MAN.—(Asomando la cabeza.) Que pase el primero.

JEN.—Parece que vamos a sacar la cédula.

(El indio colocado en primer lugar entra.)

SAM.—¡Ay, señor Jenaro, que le va a usted a tocar en seguida!

JEN.—Yo creí que era cosa de juego, pero me va a tocar.

(Se oye dentro al indio que grita.)

IND. 1.º—(Dentro.) ¡Ay! ¡Ay!

JEN.—¡Caray!

SAM.—¡Caray!

IND. 1.º—(Dentro.) ¡Madre mía!

(Jenaro y Samuel empiezan a bailar nerviosos. Esta situación queda a cargo de los actores.)

SAM.—¿Ha oído usted?

(La voz del indio grita.)

IND. 1.º—¡Brahma! ¡Brahma!

SAM.—¡Virgen santa!

JEN.—¡Cómo brama!

SAM.—Ya parece que no se oye... se habrá desmayado; ahora entra usted.

JEN.—Yo... (Se va a la cola.)

SAMID.—¿Dónde vas?

JEN.—Aquí, a hablar con este amigo.

SAMID.—Estás el primero para el tormento.

JEN.—Ya lo sé, pero es que hacía mucho tiempo que no nos veíamos y... Es un segundo.

SAMID.—Pues habla y a tu puesto.

JEN.—(Al indio.) Hola.

IND. 2.º—No te conozco.

JEN.—¿Que no me conoces? ¡Disimula, hombre!

IND. 2.º—Repito que no te conozco.

JEN.—Pues me vas a conocer

IND. 2.º—Eso es otra cosa.

JEN.—Me vas a conocer, porque te voy a dar una bofetada por bruto que te voy a mandar...

SAM.—(Que se ha mezclado en la fila, hablando con otro indio.) Pero, hombre, ¿no me conoces?

SAMID.—Vamos, a vuestros puestos.

SAM.—¿Pero ha visto usted qué malos fisonomistas son en este pueblo? (Se dirigen a su sitio.)

MAN.—(Asomando la cabeza.) ¡Otro!

JEN.—(Desmayándose en brazos de Samuel.) ¡Mi madre!

SAMID.—¿Qué le pasa?

SAM.—Que se ha desvanecido.

SAMID.—Pues como no hay tiempo que perder entra tú.

SAM.—(Desmayándose en brazos de Samid.) ¡Mi abuela!

MIR.—(Acercándose.) Pero ¿qué les ocurre?

SAMID.—No sé; están como muertos.

MIR.—(Llamándoles.) ¡Sentenciados! ¡Sentenciados!

SAMID.—No oyen ni un cañonazo y además han perdido el habla.

CON.—(Dentro.) ¡Padre! ¡Samuel!

LOS DOS.—(Levantándose) ¿Quién llama?

Dichos. Jamar Jalea, Kazil, éste saca en la mano los papeles que Jenaro entregó a Jamar en el cuadro anterior, y Concha por la primera izquierda, sacerdotisas y todo el acompañamiento del rajah.

SAM.—(Que lo ve llegar.) ¡El rajah!

CON.—(Yendo hacia ellos y abrazándoles.) ¡Padre! ¡Samuel!

JEN.—¿Pero qué pasa? ¿A qué se debe esta visita?

JAM.—Escucha, europeo; ese niño no es hijo mío.

JEN.—¡Tampoco!

KAZ.—La declaración del judío David nos lo ha aclarado. El creyó que el niño que robaba era el hijo de Esther y no fué así, porque yo sé que ella para librarlo de la venganza de su marido, si algún día llegaba a conocer la verdad, hizo que sus amigos lo cambiasen por el que precisamente tuvo el mismo día una servidora suya. De este modo el niño de la criada es el verdadero hijo de Esther y de mi señor, y tú...

JEN.—Basta: ¡hijo de una frega platos!

SAM.—¡Pues sí que he buscao un porvenir!

JAM.—Podéis marchar cuando queráis.

JEN.—¡Marchar! ¿Hay aquí asilos?

CON.—¿Pero qué dice usted, padre?

JEN.—Que como no nos recoja la caridad ¡diga, no sé cómo nos vamos a ir.

JAM.—(Por Kazil.) Este os facilitará el dinero para el viaje, pero nada más que lo estrictamente necesario; ya en vuestra tierra. . (Vase.)

JEN.—En nuestra tierra ¿sin librería, sin puesto?

CON.—No se apure usted, padre; nosotros trabajaremos.

SAM.—Y luego, con el apoyo de mi padre...

JEN.—¿De qué padre?

SAM.—De usted, que por lo visto es el único padre que me queda.

JEN.—¿Yo? Yo que voy a ser tu padre, so sinvergüenza, y no me nombres al autor de tus días porque te meto ahí en la bóveda roja.

CON.—Bueno, a Madrid, que en Madrid ya veremos cómo salimos.

JEN.—¡Ah, oiga usted, señor Kazil!

KAZ.—¿Qué quieres?

JEN.—Una vez que somos libres, ¿se me permite una pequeña satisfacción?

KAZ.—Lo que quieras.

JEN.—(Por señas llama a Samid y cuando está a su lado le propina una sonora bofetada.) Ya estoy tranquilo.

CON.—A España.

JEN.—(Al público:)

¡Qué odisea, Jesús mío!,
y para encontrarme así:
sin dos reales, hecho un lío,
con un siervo vago, y
con este niño judío.

(Música y telón.)

3 0112 115864578

FIN DE LA OBRA

PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 498